



"Pájaros tattoo", de Marga Mayordomo

Reseña de Rafael Escobar Sánchez

3 de enero ·

No. No le diré hoy a Marga Mayordomo que se parece a Vainica Doble. Es mi comentario típico sobre ella... y cualquiera que me conozca sabe que eso para mí significa mucho (el espíritu "vainiquero" es el de la originalidad y la libertad creativa más insobornables). La singularidad de su poesía tampoco necesita de ese ni de otros símiles para expresarse. Ya lo hace de manera autónoma nada más empezar el libro con un excelente poema como "Poetry fan zone": su "anti-manifiesto" sobre una

escritura movida por la urgencia íntima, una vocación testimonial (aquí de naturaleza más descriptiva que reivindicativa), que se debate entre las dualidades horacianas de lo racional y lo instintivo y socava todo lo tópico y enquistado en la regla para hacer de la dispersión o la diferencia algún tipo de identidad... de la que, por supuesto, también está dispuesta a renegar:

... quizás mandar al infierno las palabras "justas"/o bien, romper la frase, bailar fonemas, batirse/en retirada con los signos, deconstruir el texto/y/retorcerle el cuello a la sintaxis/movimiento kaputt o sublime HETERODOXIA/ tal vez sea todo eso la poesía o no.

En la segunda parte, "Interiores" creo que su registro cambia hacia una faceta más coloquial y accesible. Recorren estos poemas el deseo de romper con la asfixia cotidiana a través de lo inverosímil ("Grand Prix"), el extrañamiento ante las convenciones ("As de picas") y una aguerrida rebeldía contra los lugares comunes de la estética o el culto mitómano a la salud y el cuerpo ("Dieta saludable"). Frente al dolor, surge el ensimismamiento como una reacción instintiva de defensa ("Solitude") o el sueño de que el azar nos lleve a un ínfimo detalle de la realidad que pudiera abrirnos a un mundo de revelaciones ("Password"). Pero en poemas como "No, no es algo virtual..." se percibe cómo la extrañeza del poeta, como la de ese "pájaro tattoo" que se asocia a estos versos más por la vía de la sugerencia que del símbolo

explícito, no intenta ser un muro que obstaculice o destruya toda comunicación sino, a la contra, conducir a esa ilusión lograda de la plenitud y el afecto.

“Texturas naturales” vuelve a sorprendernos con un cambio radical de estética (el “cómo suenan” creo que es un aspecto fundamental en los poemas de Margarita, que nos piden siempre atender a la peculiaridad de su ritmo inestable, quebrado (que a mí me recuerda al de Emily Dickinson) y cómo va creando una música sincopada y errática que confirma la imposibilidad de las clasificaciones y las taxonomías para su escritura) y un tipo de poema, a lo Vladimir Holan o William Carlos Williams (aquí también nos puede traer algún eco de Olvido García Valdés) que sustituye la discursividad por la imagen, que no pretende “explicar” sino “capturar”, mostrando realidades “leves”, ambiguas e imprecisas que parecen ocultar un envés sombrío del que apenas se puede deducir nada más que la perturbación que sugieren. Una mirada aguda que en un texto como “Memorias de ultramar” se convierte en un proceso de trascendentalización casi mística que nos lleva al Juan Ramón de la etapa “suficiente” o al Pedro Salinas de “El contemplado”.

No se lo pierdan. En contra de las sabias (pero a menudo limitadas) admoniciones que escuchamos de nuestros mayores, es bueno tener “la cabeza a pájaros”. Pero que sean como estos. Aves de la confusión, de la inclasificación gozosa... que a veces sobrevuelan el espanto pero que nos recuerdan que vivir a menudo exigirse desarraigarse de todo aquello en que hemos asfixiado la propia vida.